

EL PROGRESO DEL DOGMA



DISCURSO

*pronunciado en la Solemne apertura del Curso
de 1909-1910 en el*

Seminario Conciliar de S. Froilán de León

POR EL

Dr. D. Olegario Diaz-Caneja,

PROFESOR DE S. TEOLOGÍA

Y VICERRECTOR DEL MISMO SEMINARIO



LEÓN:
IMP. DE MAXIMINO A. MIÑÓN
1909

EL PROGRESO DEL DOGMA



DISCURSO

*pronunciado en la Solemne apertura del Curso
de 1909-1910 en el*

Seminario Conciliar de S. Froilán de León

POR EL

Dr. D. Gregario Diaz-Caneja,

PROFESOR DE S. TEOLOGÍA

Y VICERRECTOR DEL MISMO SEMINARIO



LEÓN:

IMP. DE MAXIMINO A. MIÑÓN

1909

Muy Ilustre Señor:

SEÑORES:

Buscaba el inmortal obispo de Meaux, con mirada penetrante y escudriñadora, en medio de la confusión espantosa de doctrinas profesadas por los secuaces del Protestantismo, el lado vulnerable que aquel pernicioso sistema presentaba con mayor constancia á la vista de sus impugnadores, y juzgando con acierto que las variaciones continuas de cualquier teoría son indicio manifiesto de su falsedad, asestó, con valentía insuperable á los mal avenidos partidarios de la famosa reforma, el más rudo y decisivo golpe que registra la historia de aquella herejía, lanzándoles al rostro, á modo de irrefutable refutación su tan conocido como celebrado entimema «yariais luego no teneis la verdad».

Procurando yo seguir, en cuanto mi pequeñez me lo permite, la huella luminosa del ilustre autor de la Historia de las Variaciones, he buscado también en el abigarrado sistema doctrinal de los falsos reformadores de estos tiempos, que guiados por el mismo espíritu de rebeldía, que animaba á los sectarios del siglo xvi, pretenden, á fuer de tolerantes, convertir, si posible fuera, en lupanar de crasos errores el mismo santuario de la verdad, he buscado, repito, el que podemos llamar, desde luego, punto

flaco de sus teorías consideradas en su aspecto teológico, y abrigo la íntima persuasión de haberlo principalmente hallado en el falso concepto que los modernistas tienen formado del progreso que debe admitirse en el conocimiento de los dogmas, que son objeto de la fe; progreso al cual, entendido y explicado como sus defensores lo entienden y explican, cuadra perfectamente el autorizado reproche de Bossuet, según el cual, las variaciones continuas son incompatibles con los fueros legítimos de la verdadera doctrina.

Es, en efecto, cosa de sobra sabida por todos los que hayais dedicado algún tiempo al estudio del Modernismo religioso, que tantos estragos está causando entre los llamados á formar en las primeras filas de los defensores del Evangelio, que sus ciegos partidarios, con una temeridad justamente calificada de sacrílega por el actual Pontífice, hacen esfuerzos increíbles, por despojar á las verdades reveladas de su carácter divino, para que, colocados los dogmas de nuestra Religión al mismo nivel de los inventos humanos, sea preciso admitir en ellos las mismas vicisitudes á que están sujetos las pobres lucubraciones é inestables descubrimientos de la humana inteligencia.

No es, en mi humilde juicio, tan audaz intento más que una de las formas con que pretende revestirse el odio al supernaturalismo cristiano, que se respira en el ambiente intelectual de esta época, que siente, al decir de un escritor sabio y profundo (1) hacia el orden sobrenatural un horror semejante al que atribuían los antiguos á la naturaleza respecto del vacío; y es, además de pernicioso en sumo grado inútil de todo punto, que los modernistas intenten ocultarlo, presentando sus teorías, para ilusión de los incautos, ataviadas con los nombres retumbantes de—exigencias de la cultura—aspiraciones de

(1) Cardenal Farochi «Il Sopranaturalismo» Discurso.

progreso—y necesidad de adaptar el catolicismo á lo que ellos llaman—mentalidad de los tiempos actuales,—porque estos nombres sonoros vienen á ser, en este caso, engañosos antifaces tras de los cuales oculta sus malvados propósitos una incredulidad artera é hipócrita que teme verse descubierta, si no huye con maña de la luz que irradiaba el sol eterno de la verdad.

Así lo entendió el Lugarteniente de Cristo en la tierra, encargado de velar por la pureza de la fe que ilumina los ásperos senderos de la vida, quien, después de haber agotado todos los recursos de su bondad paternal para traer al buen camino á los infelices extraviados, en cumplimiento de un deber sagrado é ineludible, se ha visto en la dura precisión de fulminar de las alturas incontaminadas de la cátedra apostólica, en un sapientísimo documento de imperecedero recuerdo, sentencia de condenación contra los obcecados defensores de un sistema, que si llegara á prevalecer no dejaría piedra sobre piedra en el alcázar fundado sobre roca incommovible por el Redentor del humano linaje (1).

Y ahí están, señores, los modernistas demostrando palpablemente con su irreverente protesta contra los documentos pontificios que no es el amor sincero de la verdad el que les guía, como ellos blasonan, y como algunos escritores católicos no han tenido reparo en afirmar, (2) sino que es el afán desmedido y ciego de dar patente de conquistas científicas á errores antiguos, que tratan de abrirse paso en el campo católico, disfrazados con el vistoso atavío de una palabrería muy enrevesada, y muy á propósito para seducir á los que no quieran ó no puedan profundizar en el estudio de arduas cuestiones que son hoy

(1) Encíclica «Pascendi» y Decreto «Lamentabili» confirmado por el Motu P. «Praestantia»

(2) Véase como prueba, lo que el P. de Manresa O. C. dice en el Prólogo al «Embajador de Cristo» del C. Gibbons—pág. 46.

objeto de acaloradas disputas en las escuelas; y no cabe por consiguiente, el acudir como algunos hacen, en son de disculpa, á la buena fe de los innovadores, que al ver descubiertos sus inícuos planes, repiten el satánico *non serviam*, declarándose en descarada rebeldía contra el Padre común de los fieles, en lugar de someterse cual cumple á los buenos hijos, acatando las decisiones inapelables de la autoridad suprema.

Para que se vea, pues, cuán poderosos motivos impulsaron al magnánimo Pío X á condenar el Modernismo religioso, y cuán infundadas son las quejas que sus partidarios dirigen en sus múltiples escritos (1), contra la mal llamada *intransigencia ignorante del Vaticano*, y con el fin de cooperar, también, aunque no sea más que como soldado de última fila, á la defensa de la Iglesia, que hoy más que nunca necesita de los valerosos esfuerzos de sus hijos, para hacer frente á los ataques de sus manifiestos y solapados perseguidores, voy á ocuparme, con la brevedad que exige la índole de este discurso, que está expuesto, por su falta de interés y amenidad, á causar fastidio en el ánimo de mis ilustrados y benevólos oyentes, voy á ocuparme, digo, de uno de los principales y más escabrosos temas puestos á discusión por los modernistas, de la «Naturaleza del progreso del dogma», punto flaco, como antes he dicho, de su teología, cuyos extravíos en materia de tanta importancia, nadie me negará que sean de actualidad y trascendencia prácticas.

Y para que este modesto trabajo no carezca, por lo menos, de propiedades tan elementales como el orden y la claridad, lo dividiré en tres partes, que comprendan la exposición del progreso modernista del dogma, su refutación, y la idea del progreso legítimo, que admite la Teología católica en las verdades reveladas.

(1) Principalmente en su «Programma Risposta».

I

MUY ILUSTRE SEÑOR:

SEÑORES:

Aunque, por muy atrevida, la afirmación pueda parecer exagerada, yo tengo por indudable, que lo mismo que pretenden los trasformistas descreídos al querer explicar, por medio de la panacea de la evolución el origen del mundo y de los seres que lo pueblan, llegando en su necia osadía á creer, según afirma el conocido autor de «El Santo» que «dentro de poco, Dios será conducido por la ciencia, con todos los honores á sus fronteras dándole gracias por los servicios provisorios prestados» (1), lo mismo pretenden consciente ó inconscientemente los modernistas, al querer explicar, sin la intervención directa inmediata de Dios, el origen de la Religión Cristiana, y el conocimiento de los dogmas, que son objeto de la fe necesaria para obtener la salvación.

Es verdad que los modernistas no niegan, como los partidarios del trasformismo darviniano, la existencia de Dios, pero no es menos cierto que como buenos discípulos del filósofo de Königsberg, que no han hallado todavía el medio de salir del reducido círculo del mundo fenoménico, empiecen por negar la eficacia de las pruebas tradicionales de su existencia, poniendo, de esta manera, en manos de nuestros adversarios, un arma temible con la cual echan fácilmente por tierra los fundamentos racionales de la fe, y abren cómodo paso al más vergonzante de los ateismos, llenando de obstáculos insuperables el camino real, que nos conduce al conocimiento del Ser Supremo, base de toda religión, sea natural ó positiva. (2)

(1) Fogarzaró «Per la bellezza de una idea» pág. 65.

(2) Sobre esta materia publicó un concienzudo y bien pensado artículo titulado «El Modernismo en Teodicea» el P. Ugarte de Ercilla en «Razón y Fe» n.º de Marzo del presente año.

Aislándose, pues, los modernistas, como es notorio que se aislan y separan, merced á su conocido y zarandeado agnosticismo, del mundo real y extrasubjetivo, que nos lleva al conocimiento de Dios, y dando por buena la definición que enseñaba Kant de la Teodicea, á la cual llamaba «una ilusión trascendental», no les queda otro recurso, no queriendo como no quieren aparecer con la divisa de enemigos de la misma Religión que hacen alarde de profesar, que reconcentrarse dentro de sí mismos, y, con el mágico auxilio del método que llaman de la inmanencia, especie de piedra filosofal á la que atribuyen los mayores portentos, buscar en los ocultos repliegues de nuestra propia naturaleza, un nuevo concepto de la revelación, un nuevo concepto del origen y progreso del dogma, y nuevos conceptos de los motivos de credibilidad, más en consonancia que los antiguos con las exigencias de una filosofía esencialmente racionalista, ante la cual quieren que doblemos todos la rodilla saludándola con el honroso calificativo de ciencia moderna.

Así es, que si preguntamos á los entusiastas partidarios del nuevo sistema, qué entienden ellos por Revelación, nos responde sin inmutarse el más conocido portaestandarte de las nuevas ideas, teólogo y exegeta por antonomasia de la secta, que la revelación no puede ser otra cosa que *«la conciencia adquirida por el hombre de su relación con Dios»*; (1) si les preguntamos qué entienden por dogmas, oiremos con natural sorpresa, que *«los dogmas que la Iglesia propone como revelados, no son verdades de origen divino, sino interpretaciones dadas por el entendimiento humano á los hechos religiosos»* (2) si les preguntamos qué entienden ellos por fé, y qué por motivos de credibilidad, á una voz nos responden Loisy, Blondel, Laberthonier, Ty-

(1) Proposición 20 del nuevo Syllabus, tomada de la obra de Loisy «*A-tour d'un petite livre*» pag. 195.

(2) Prop. 22 tomada del mismo autor «*L'Evangelicet l'Eglise*» cap. 4 p. 2.^a

rrell, Le Roy, y sus discípulos, que la fé no consiste más que en «concebir por inducción del sentimiento religioso, algunas realidades superiores á los fenómenos, en presencia de los hechos religiosos» (1); y que no hay otros motivos de credibilidad que la «*experiencia interna*» y «*cierta necesidad de algo divino*» ó «*una aspiración hacia la infinito*», que experimentamos en nuestras almas naturalmente cristianas.

¡Qué bien conoce, señores, el sabio cardenal Mercier la naturaleza del Modernismo religioso, cuando dice, en una pastoral aplaudida por los católicos de todo el mundo, que la «*esencia de tal sistema consiste en afirmar que el alma religiosa debe sacar de ella misma, y nada más que de ella misma, el objeto y los motivos de su fe*!» (2) y ¡Con cuánto acierto asegura el augusto Vicario de Cristo, que los modernistas, «*no aplican la segur á las ramas ó á los débiles renuevos del Catolicismo, sino á la misma raiz, á la fé y á sus fibras más delicadas, esforzándose, después, por hacer circular el virus de su error, por el árbol frondoso de la Religión, no dejando sin corromper ninguna de las partes que abraza la fe católica*!» (3)

Ya no os causará, después de lo dicho, grande extrañeza, oír la peregrina manera como explican los modernistas la naturaleza de progreso y desenvolvimiento del dogma católico, que es lo que constituyete el tema preferente de mi discurso.

Rechazada por demasiado antropomórfica, lo diremos empleando su lenguaje, la verdadera idea de revelación, y dando por averiguado que los dogmas no son verdades venidas del Cielo, los defensores del modernismo, á fuer de inmanentistas impertérritos, buscan en los recónditos senos de la subconciencia del hombre, una necesidad innata é inconsciente de algo divino, que empieza por tra-

(1) Véase Fontaine «*Teologie du Nouveau Testament*» pag. 63 nota.

(2) «*La condamnation du Modernisme*» pag. 2.

(3) «*Pascendi*»

ducirse en un vago sentimiento religioso, base de toda religión, sea ó no revelada, el cual sentimiento se trasforma, á su vez, mediante el influjo espontáneo y directo de la inteligencia en una afirmación ó fórmula mental, á la que ellos dan el nombre de fé en Dios; de esta fé, obrando ya reflexivamente, saca nuestro entendimiento otras fórmulas ó afirmaciones secundarias, que reciben el nombre de dogmas, y no tienen otro fin que *«proporcionar al creyente, el modo de darse cuenta de su fé, de manera que vienen á ser intermediarios entre el creyente y su fé, con relación á ésta, son signos inadecuados de su objeto, con relación al creyente son meros instrumentos»*. (1)

Siendo el objeto del sentimiento religioso, y de la fe que de él dimana, el Absoluto, Incondicionado ó Incognoscible, nombres que dan los modernistas á Dios, cuya existencia se descubre según ellos, por una especie de intuición en tal sentimiento, y no pudiendo Dios ser adecuadamente representado en nuestros conceptos, los dogmas respecto del objeto del sentimiento y de la fe son símbolos inadecuados del Infinito, que como tiene infinitos aspectos, podrá ser representado por símbolos infinitos, no solo distintos, sino contradictorios entre sí, y, por lo tanto, no habrá inconveniente en reconocer como legítimos los dogmas más opuestos, ya que su valor es puramente circunstancial y relativo.

Además, si los dogmas se consideran, con relación al creyente, como instrumentos mediante los cuales él se dá cuenta de que cree y *piensa su fé*, los dogmas tienen que conformarse siempre con el sentimiento del cual brotan, y como el sentimiento religioso, por su parte, es una manifestación de la vida, y el vivir, es, en frase modernista, un perpétuo evolucionar, se comprende que los dogmas han de estar evolucionando constantemente, por que *«la*

(1) «Pascendi».—P. Ruíz Amado—«Modernismo Religioso Conferencia 6.^a» «Ensayo de comentario al Decreto Lamentabili» proposit 20--22—26.

verdad—dicen ellos—no puede ser más inmutable que el hombre mismo, ya que en él, con él y por él se transforma y evoluciona indefinidamente» (1).

Aquí tenéis, señores, en estos principios que el actual Pontífice llama muy acertadamente «cúmulo infinito de sofismas, que arrasan toda Religión», aquí teneis, en el relativismo de los dogmas, por una parte, y en el concepto de la fé viviente, por otra, dos de las principales bases, sobre las que levantan los teólogos más flamantes de la nueva secta, el edificio inestable y ruinoso de sus teorías acerca de la naturaleza y desenvolvimiento del dogma católico, y aquí teneis, los criterios supremos de su crítica demoledora, que aplicada á la historia del Cristianismo no puede menos de trocar con cínico descaro, su divinidad en un mito ridículo, y sus mejores timbres de gloria en poderosos motivos de desprecio.

La Religión Cristiana, si hemos de creer á estos gnósticos de última hora, á semejanza de lo que ocurrió con otras religiones, tuvo su origen en la percepción que se llevó á cabo, en el alma de Cristo de la relación que unía al Redentor con Dios, y de las relaciones que unen á todos los hombres con el Padre celestial, y su desarrollo fué debido á la percepción de nuevas relaciones, ó mejor dicho, á la determinación más distinta, cada vez, de aquella relación percibida de modo confuso en su principio, advirtiendo siempre que la percepción de las llamadas verdades religiosas, se diferencia, en este sistema, de la percepción de las verdades científicas, en que aquellas no son nunca fruto exclusivo de la razón, sino que fueron elaboradas por la inteligencia bajo la presión del sentimiento religioso, y de la inclinación ciega de la voluntad al bien (2).

(1) «Prop 58—Decret Lament» Loisy «Autour...» pag. 192.

(2) Loisy «Autour» pag. 188 sig.—Billot «De Immutabilitate Traditionis «opúsculo»

¿Pero cómo, preguntareis, ahora, en nombre de la lógica, á los modernistas, cómo se explica el origen señalado á la Religión de Cristo, y su trasmisión á sus discípulos de modo que se pueda conciliar con el principio antes sentado de la inmanencia vital, que exige que la religión proceda *ab intrinseco*, como fórmula del sentimiento propio de cada uno de los creyentes? Los modernistas os responden que tal trasmisión se realiza mediante la *tradición sugestiva de las experiencias religiosas*, porque acontece que los «*hombres de intensa religiosidad tienen el poder de suggestion á sus semejantes, no solo á los que les escuchan sino á las que mediatamente reciban su influencia, de generación en generación*»; así, dicen, propagó Mahoma sus experiencias religiosas, y así de la vida religiosa intensísima de Cristo se derivó el Cristianismo; y aunque la tradición sugestiva haga uso de fórmulas dogmáticas, no es para transmitir verdades inmutables, sino para avivar el sentimiento religioso, medio único por el cual la religión *se vive* y se propaga (1).

De esta manera, señores, después de haber pervertido el verdadero concepto de la Religión, de la revelación, de la fé, y de los dogmas, los modernistas emplean la piqueta destructora de su crítica, en destruir el concepto genuino y verdadero de la tradición, cuyo nombre conservan, como veis para que sirva de objeto de burla á la vista de los incrédulos, por que, en lugar de ser, como debe, piedra de toque de las verdades reveladas, y canal limpidísimo por el cual llegara hasta nosotros, desde su misma fuente el agua saludable de las divinas enseñanzas, se convierte en instrumento de todos los errores haciendo imposible la separación del oro puro de la verdad revelada de la vil escoria de las herejías y de las supersticiones.

Ya tenemos explicado en el nuevo sistema el origen de la Religión en general, y el origen del Cristianismo, en

(1) Ruiz Amado=obr. cit.

particular y concreto; ahora, si no quereis pasar plaza de vanos intelectualistas, no podeis admitir que el autor de nuestra Religión, que lleva su nombre, enseñára á sus discípulos verdades inmutables, que formaran un cuerpo completo de doctrina aplicable á todos los tiempos, porque nada de esto tuvo lugar; (1) Jesucristo tuvo que contentarse con iniciar un movimiento religioso, que debía irse adaptando á las vicisitudes de los siglos, y por eso el Cristianismo empezó á sufrir, gracias á las experiencias religiosas de los primeros cristianos, unas trasformaciones muy parecidas á las que había sufrido cuando se elaboraba en el alma de Cristo, siguiendo en todo una dirección semejante á la que establecen los evolucionistas entre el origen filogenético y ontogenético de los seres, y acomodándose en todo á la ley de la vida que consiste en una adaptación continua á las circunstancias externas, que exigen del viviente continuas trasformaciones.

Nada, según estos principios del modernismo, nada se puede, por lo tanto, imaginar más opuesto á la naturaleza del dogma católico que su ponderada inmutabilidad, porque Loisy (2) Leroy (3) Laberthonier (4) Semeria (5) Tyrrell (6) Fogazzaro (7) y todos sus secuaces, han descubierto que el dogma no puede ser más inmutable que es el sentimiento religioso, que dejará de ser vital, ó ha de estar expuesto á infinitas variaciones.

Así vemos, dicen estos sabios de alto copete, que la «*Doctrina Cristiana empezó por ser judáica después fué joánica, paulina, helénica y por último, universal*». (8) Así ve-

(1) Prop. 59 del Decreto.

(2) «Obras citadas».

(3) «Dogme et Critique».

(4) «Annales de la Philosophie» Set. y oct. 1906.

(5) «Dogma Gerarchia...»

(6) «Lettera Confidenziale».

(7) «Il Santo».

(8) Prop. 60.

mos—añaden— que «*ni los Artículos del Símbolo Apostólico tienen ahora el mismo sentido que tuvieron en los primeros siglos*» (1) Así vemos, que la «*Iglesia Romana se declara impotente para defender la moral evangélica, por empeñarse en sostener la inmutabilidad de doctrinas incompatibles con el progreso de las ciencias, que exigen que se reformen los conceptos enseñados acerca de Dios, la creación, revelación, etcetera, etc.*» (2) y así vemos, que «*El Cristianismo moderno no puede hacer las paces con la ciencia, porque no quiere transformarse en un cristianismo sin dogmas, ó en un protestantismo amplio y liberal.*» (3).

En una palabra, señores, así vemos nosotros, que los modernistas quieren, aunque sea impío y absurdo hasta la saciedad, una Religión sin Dios y un Cristianismo sin Cristo, por que profesan una doctrina, según la cual, ni Dios ni Jesucristo pueden considerarse como personajes históricos!!! (4).

Si no lo viéramos, con nuestros propios ojos, jamás hubiéramos sospechado, que á tal extremo llegaran las aberraciones monstruosas de estos escritores que se llaman católicos, quienes, para defender á la Religión cristiana de los ataques de los incrédulos y racionalistas, empiezan ellos por hacerse incrédulos y racionalistas; y para orillar las dificultades que el error y la pasión han acumulado á la entrada del templo, donde el Redentor de los hombres recibe de los fieles el tributo de adoración debido á su divinidad, no encuentran otro camino, que sacar á Jesucristo del templo, y, despojándole sacrílegamente de la hermosa vestidura de sus prerrogativas, quieren, como Pilatos, con el pretesto de que no saben todavía lo que es la verdad, exponerlo de nuevo á la burla é irrisión de sus

(1) Id. 62.

(2) Id. 63-4.

(3) Id. 65.

(4) Así lo afirma Loisy.

enemigos, que no creen en El, como no creían los judíos, por que sus divinas enseñanzas no se adoptan y acomodan á las exigencias de su naturaleza viciada y corrompida.

II

¿Será necesario, señores, que me detenga á demostrar la falsedad de un sistema tan radicalmente opuesto á la doctrina revelada, que no tiene reparo en profesar errores solemnemente condenados por la Iglesia como abiertamente opuestos á las divinas enseñanzas? (1). Mucho temería, á la verdad, poner á prueba vuestra paciencia sí, después de lo dicho, descendiera á refutar, una por una, las absurdas afirmaciones de los modernistas, afirmaciones cuya sola enumeración habrá causado honda tristeza en vuestros corazones de católicos; así que procuraré solamente exponer á la ligera la falsedad y pernicioso alcance de algunos principios fundamentales de su teología, con el fin de que comprendais sin esfuerzo, que ni sombra de exageración encierra la frase de Pio X, según la cual, el Modernismo «es la quinta esencia de todas las herejías».

A tres se pueden reducir los puntos capitales de la doctrina modernista, considerada principalmente como la consideramos en su parte positiva y bajo el aspecto teológico; la fé que llaman viviente, el relativismo de los dogmas, y la tradición sugestiva; con el auxilio de estas tres que podemos llamar grandes mentiras, pretenden, como hemos visto, demostrar la necesidad de que evolucione el Catolicismo, si es que ha de colocarse á la altura de la ciencia moderna.

(1) Véase el Brevi de Gregorio XVI condenando los errores de Hermes—26 de Stbre. de 1835—Deuzinger.—1486—El de Pio IX condenando los de Gunther—ibid—1509—la Prop. 5.^a del Syllabus del mismo Pontífice—núm. 1552—el Concilio Vaticano De Fide cap. 4 números. 1647 y 1665—del Enchiridion—edición nov. na.

De la historia de la Religión, tal cual la entienden los modernistas, dice un sabio y elocuente orador, que para ser historia solo le falta una cosa.. los datos históricos; (1) de la fe viviente de estos apologistas de sus ideas, podemos nosotros decir que adolece del no pequeño defecto de no ser ni fé ni viviente, ya que no sirve, en realidad, para otra cosa, al decir de un insigne teólogo, que para «disimular la radical negación de todos los dogmas sin exceptuar uno sólo (2).

Tanto dista, en efecto, el invento modernista de la fé viviente, del verdadero concepto de la fé viva informada por la caridad, de que nos habla S. Pablo, como dista un error torpemente encubierto de una verdad palmaria, que hiere los ojos con los resplandores de su luz bienhechora, por que error y error imperdonable, sin duda, es el afirmar, que el conocer sea posterior al sentir, en ningún orden de la vida, y error, por lo tanto, será el suponer como lo hacen los modernistas, que la fé se deriva del sentimiento, siendo evidente que la fé sea natural ó sobrenatural reside en la inteligencia, que como facultad cognoscitiva será siempre anterior al apetito, de conformidad con lo que reza el antiquísimo axioma «*nihil volitum quin prae-cognitum.*» No es, ni puede ser, en vista de esto, el sentimiento la causa de la fé, sino que, por el contrario, la fé será siempre el manantial fecundo de los más nobles sentimientos, y la regla segura para juzgar acerca de su legitimidad, como la razón es el criterio á que deben sujetarse las operaciones del apetito sensitivo, si es que no queremos trastornar el orden de las facultades anímicas por completo, convirtiendo, en expresión de un renombrado escritor ascético, en esclava, la que debe ser señora de todos nuestros actos (3).

(1) Ruiz Amado.

(2) P. Billot «obr. cit. cap. 6.º»

(3) Granada «Guía de Pecadores».

Ni es, señores, menos falsa é inadmisibile, la noción que tienen de la vida los modernistas, porque vivir no es evolucionar como quieren Bain, Spencer y sus partidarios; y ni el hombre que según Quatrefages, «es siempre hombre, en toda la extensión de la palabra» (1) es el término de una evolución calificada, con acierto, por Van Beneden de cúmulo poético de explicaciones seductoras sin una demostración, (2) ni en el hombre existe evolución propiamente dicha, á no ser que queramos dar tal nombre al aumento de perfección en los seres vivientes, supuesta la identidad específica é individual del sugeto, ni considerando la vida en ejercicio, ó, como decían los escolásticos, en acto segundo, son solo actos vitales, como dan á entender los modernistas, los actos del sentimiento, siendo como son tan intrínsecos é inmanentes como ellos, los actos del conocimiento; resultando de todo, que no es necesario que la fé sea la expresión del sentimiento, para que sea vital; puede, por tanto, admitirse, que la religión es forma ó principio de vida, sin ir á parar al absurdo, de la fé modernista, que lleva usurpado el nombre de viviente por que «*habet nomen quod vivat et mortua est*» según la conocida expresión del Apocalipsis.

La segunda mentira de la Teología modernista es el valor puramente relativo y circunstancial que atribuyen á los dogmas, fundándose para ello, en la falsa noción de verdad corriente en su sistema. Tratándose, como se trata, de una cosa tan elemental, apenas se concibe la ignorancia y confusión de conceptos que los modernistas revelan, cuando dicen que la verdad en sí es inmutable, pero no en cuanto conocida por nosotros, porque nosotros no conocemos las cosas en sí mismas, no siendo nuestros conocimientos, más que aproximaciones más ó menos remotas de la realidad, y modos de hablar conformes á las circuns-

(1) «Les especes humaines»

(2) Flourens «Examen du livre de Darwin».

tancias en que nos encontramos, de donde, dicen ellos, debe deducirse que no hay verdad ninguna absoluta, porque todas están sujetas á mutaciones y cambios de sentido, y su valor no puede ser más que relativo y circunstancial.

Aquí, como veis, se barajan y confunden ideas y conceptos, que un mediano estudiante de Lógica debe saber distinguir, porque una cosa es conocimiento comprensivo ó intuitivo de un objeto, y otra cosa muy distinta conocimiento absolutamente verdadero; para que tenga lugar el primero, es necesario que el objeto sea conocido cuanto es cognoscible, y como es cognoscible en sí mismo, para lo segundo basta que lo que el entendimiento conoce del objeto, sea tal cual el entendimiento lo conoce, y le convenga, no del modo que existe en el entendimiento, sino, del modo que el entendimiento se lo atribuye, porque de esta manera se verificará la adecuación entre el entendimiento y el objeto conocido, que es en lo que consiste la esencia de la verdad, según su tradicional definición (1).

Así, para que esta proposición «Dios es sabio» sea absolutamente verdadera, no se requiere que conozcamos la ciencia divina cuanto es cognoscible y como es en sí misma cognoscible, sino que basta que el concepto de ciencia convenga necesariamente á Dios, tal cual el entendimiento humano lo predica del sugeto, ó sea despojándole, mediante la abstracción, de las imperfecciones de la ciencia limitada de las creaturas, de tal manera, que ó Dios es sabio como en la proposición se afirma, y entonces conocemos una verdad absolutamente verdadera, ó no lo es, y entonces tendremos una proposición falsa, no relativamente verdadera, como quieren los modernistas confundiendo, además, la perfección relativa del conocimiento con el concepto de verdad relativa inventado por Kant y aceptado por ellos, para abrir paso á un sistema, que no tiene reparo en conceder, que pueden ser verdaderas, simul-

(1) S. Th. I P. Q. 16 a 1—2

táneamente, proposiciones contradictorias formuladas por uno ó varios sugetos, acerca del mismo objeto, considerado bajo distintos aspectos, como si la verdad consistiese en las solas apariencias como quería Protágoras, y no en conocer la naturaleza de las cosas (1).

A esto queda reducido, señores, el famoso relativismo de la verdad, sobre el cual fundan los partidarios del sistema que estudiamos, el valor relativo de los dogmas, que, en sus manos, quedan, como dejo dicho, colocados al mismo nivel de esas teorías físicas ó geológicas, que gozan, algún tiempo, de la boga y fama de conquistas científicas, y cuando menos se piensa, caen del pedestal de su gloria, demostrada su falsedad por nuevos descubrimientos, con la única diferencia de que en este caso, los defensores de tales teorías, á fuer de sinceros, reconocen su equivocación, pero los modernistas, tratándose del cambio de sentido de los dogmas, no tienen reparo en negar ahora lo que antes se afirmaba en absoluto, sin que se crean obligados á entonar un *ergo erravimus* vergonzoso, que puesto en labios de la Iglesia, echa por tierra la prerrogativa de su infalibilidad.

No pienso detenerme á refutar la que he llamado tercer mentira de la teología modernista, porque más bien que un principio, su tradición sugestiva tiene todas las trazas de ser un recurso, debido á su acrobatismo dialéctico, para conciliar, de algún modo, el subjetivismo de su método de la inmanencia, con el origen histórico de nuestra Religión; y porque me parece que tenemos ya datos suficientes, para juzgar acerca de la importancia de la teología modernista, que si bien se medita, no viene á ser otra cosa que una ridícula parodia, ó un remedo irreverente de la verdadera teología, que está sufriendo una lamentable profanación, en manos de los que se llaman sus más avisados cultivadores. Y con lo dicho, creo que basta,

(1) Véase á Billot (lug cit.)

señores, para convencerse de que la táctica de estos nuevos reformadores de la Religión consiste en conservar todos los nombres de la Apologética y Teología tradicionales, pero dándoles una significación tan distinta, ó mejor, tan radicalmente opuesta á la que antes tenían, que no dejan intacta ni una sola verdad contenida en el sagrado depósito de la revelación, patrimonio mil veces bendito de los verdaderos creyentes.

Ninguna comparación pondrá por lo tanto mejor de manifiesto la trascendencia del sistema pernicioso que analizamos, que la que se puede establecer entre el ateísmo y panteísmo por una parte, y el racionalismo y el modernismo por otra. Todos sabéis que los ateos siguiendo el camino recto de la impiedad llegan al abismo tenebroso del error más repugnante, á la cruda y brutal negación de la existencia de Dios; y todos sabéis también que los panteístas realizan en el orden de las ideas, el mismo viaje funesto, pero caminando por la senda tortuosa de la identificación de las substancias; pues bien, de la misma manera, los racionalistas francos y decididos niegan sin ambages la supernaturalidad y propiedades del Catolicismo, y en cambio, los modernistas á fuerza de querer identificar nuestra Religión sacrosanta con los absurdos postulados de la ciencia incrédula, por la senda larga y engañosa de ilegítimas concesiones, vienen por último á parar al mismo término del viaje, al término fatal al cual conduce la lógica con su inflexibilidad á los defensores de falsas teorías en materias religiosas, es decir, al ateísmo.

III

Frente á esta babel de errores y confusiones, levantada por hombres sedientos de falaces novedades, sobre la arena movediza de atrevidas é inseguras opiniones, se levanta esbelto, sencillo y magestuoso el monumento sagra-

do y perenne de la Teología católica, que es capaz de resistir los más rudos embates de la impiedad y del error, porque está sólidamente fundado en la roca indestructible de la autoridad divina, por una parte, y apoyado por otra, en los principios inconcusos que sirven de base á la razón en todas sus lucubraciones.

Y como la verdad nada teme tanto, al decir de Tertuliano, como verse escondida, y el medio más apto para ocultar la verdad es presentarla amalgamada con el error, la ciencia de la fé pone noble empeño en el deslinde de conceptos, y en el uso de vocablos, al contrario de lo que sucede con los modernistas que quieren sacar á flote su averiada mercancía doctrinal del río turbio y revuelto de un lenguaje anfibológico tan poco científico como literario.

Así vemos, que, formando ventajoso contraste con la enmarañada definición modernista del dogma, y con el enrevesado concepto de su progreso á través de los siglos, se presenta con claridad meridiana á la vista, la idea que enseña la Teología católica del dogma, con su precisa significación de (verdades reveladas por Dios á los hombres, y propuestas como tales por la Iglesia), verdades, cuyo sentido, una vez determinado, no puede variar, como enseñaban Hermes y Gunther y como propalan ahora sus discípulos, por la sencillísima razón de que en tal caso se podría acusar de error al mismo Dios, que es el autor, y á la Iglesia que es la maestra de tales verdades, cuyo progreso ó aumento de perfección no puede consistir, según, esto, en ninguna mutación ó cambio, merced al cual, deje de ser verdadero lo que antes era tenido como tal, si es que no se quiere ver convertido, como antes os decía con S. Vicente de Leríns, (1) en lupanar de crasos errores el santuario inmaculado de la verdad.

Empieza, pues, la Teología católica por reconocer, como punto de partida del progreso de los dogmas, la inmu-

(1) (Commonitorium) cap. XXVI.

tabilidad del sentido determinado de las verdades reveladas, que no dejarán de ser divinas é inmutables, aunque lo diga el P. Semeria, (1) porque los conceptos simples de que constan ó las palabras con que se expresan sean muchas veces, humanos ó variables, porque es manifiesto que la esencia de la verdad no la constituyen los conceptos aislados de una proposición, sino la combinación de ellos en el juicio, que puede ser divina, como obra de la inteligencia infinita, aunque para darla á conocer Dios se sirva de conceptos y palabras naturalmente conocidos por los hombres.

Sentada, por consiguiente, la base de la inmutabilidad del sentido de los dogmas, á la manera que las ciencias naturales empiezan por sentar la inmutabilidad de sus principios, y á la manera que nosotros mismos empezamos por buscar un punto fijo que nos sirva de apoyo en nuestros movimientos, la Teología católica, con paso firme y seguro pasa á exponer el verdadero desenvolvimiento de los dogmas en la forma siguiente:

Los hábitos cognoscitivos, según enseña el Doctor Angélico, (2) pueden progresar ó perfeccionarse de dos maneras, ó *secundum se* ó *secundum participationem subjecti*, el primer progreso consiste en que se aumente el número de verdades que constituyen el objeto de tal hábito ó ciencia, y se llama progreso objetivo; el segundo se reduce á que sin aumentarse el número de verdades en sí mismo, el sugeto que las conoce progresa más y más en su conocimiento, y se llama progreso subjetivo.

Aplicando la distinción á nuestro caso, nosotros admitimos la primer manera de progreso ó aumento en el dogma, en el período histórico que se extiende desde Adán hasta Jesucristo, mediante la manifestación hecha por

(1) (Dogma Gerarchia etc. pág. 96.) Sobre esta materia de la inmutabilidad substancial de los dogmas merece ser leído el P. Palmieri (Lettere ad Alfredo Bruno.) (Lettera ventiduesima.)

(2) (1-2^o-Q. 62 á 1-2.)

Dios á los hombres de verdades que no estaban, formalmente reveladas, pero confesamos que este aumento terminó con el Redentor, de cuya plenitud recibió la Iglesia por él fundada, ó inmediatamente ó mediante el ministerio de los Apóstoles, toda la verdad, *omnem veritatem* como dice San Juan, quedando así confiado en calidad de depósito, después de la muerte de los Apóstoles, á la Iglesia el tesoro completo é inagotable de la revelación, sin que sea permitido á la maestra de la verdad ni añadir ni sustraer un dogma propiamente dicho á la suma que recibiera de su divino fundador.

La segunda manera de progreso ha tenido y tendrá siempre lugar en el seno de la Iglesia, ora respecto de toda la comunidad, ora respecto de cada uno de los individuos que podrán llevar á cabo en el mismo depósito de la revelación el descubrimiento de nuevas verdades antes reveladas y no conocidas, ó el descubrimiento de nuevas relaciones entre verdades conocidas, ó el descubrimiento de nuevas consecuencias de verdades y relaciones conocidas, ó el descubrimiento de nuevas aplicaciones de estas tres cosas, que son los cuatro modos de realizarse este progreso de que hablamos, como hizo observar acertadamente el primer orador católico de nuestro Parlamento en un discurso memorable (1).

Así resulta, señores, que aún admitiendo, como admitimos los católicos, que la revelación de los dogmas terminó con la muerte del último Apóstol, y aún admitiendo que ni ha de suceder á la presente aquella nueva economía que predicaban en el siglo XIII, los discípulos de Juan de Parma autor del (Evangolio Eterno), (2) ni puede haber en el trascurso de los siglos nuevas revelaciones de

(1) Mella (Discurso pronunciado en el Congreso el 13 de Noviembre de 1906)

(2) Puede verse este error refutado en la importante obra del P. Lepicier (De Immutabilitate et progresu Dogmatis. P. 2.^a-a. 2.^a-Roma 1908)

verdades, que hayan de ser objeto de la fé divino-católica como son los dogmas, aún admitiendo todo esto, hay que reconocer, que se extiende ante la vista del teólogo un campo vastísimo de ilimitados horizontes, donde la Iglesia con la indefectible garantía de la asistencia divina, y los sabios con el auxilio de las enseñanzas de la Iglesia, que son el norte más seguro, pueden explayar, con muy abundante fruto, su prodigiosa actividad intelectual como la explayaron tantos escritores ilustres cuyos nombres escribió con letras de oro, en sus páginas, la historia brillante del cristianismo.

De la existencia innegable de este progreso, se deduce también la necesidad de distinguir las distintas etapas por las cuales han ido pasando la mayor parte de los dogmas de nuestra religión, que empezaron por ser, unos explícita, y otros implícitamente, objeto de la fé sencilla de los primeros cristianos, pasaron después á ser objeto de largas discusiones, principalmente entre escritores ortodoxos y heterodoxos, y aparecen, por último, en los documentos eclesiásticos, envueltos como dice el Lirinense, en su inmortal Commonitorio, en una atmósfera de luz de evidencia y de precisión, que hacen imposibles las falsas interpretaciones si de buena fe se busca el saludable conocimiento de la verdadera doctrina (1).

No sé, si por ignorar, ó por fingir que desconocen principios tan claros y elementales, los modernistas se empeñan en ver contradicciones y cambios substanciales de

(1) De esto que decimos acerca del verdadero progreso del dogma se deduce que el canon de S. Vicente de Lerins (*Hoc est vere catholicum quod ubique quod semper quod ab omnibus creditum est*) debe entenderse en sentido afirmativo, si se habla de la fé explícita, no en sentido negativo ó exclusivo á no ser que se entienda de la fé implícita que tiene por objeto todas las verdades contenidas en el depósito de la revelación, aunque no hayan sido propuestas distinta y separadamente.

Esta doctrina está admirablemente expuesta en Franzelin (*De divina Traditione* Thes. XXIII-XXIV-XXV.)

los dogmas en los monumentos de la tradición donde no hay, en realidad, más que discrepancias y modos distintos de hablar y expresarse, hijos de la situación en que se hallaron y del tiempo en que vivieron los que «escribían acerca de tales materias, como observó S. Agustín respecto de los SS. Padres que le habían precedido, como hizo notar Sto. Tomás después» respecto de los escritos del inmortal Obispo de Hipona, y como es preciso tener presente en el estudio de las mismas obras del Angel de las Escuelas, y de los teólogos posteriores.

¿Pero qué mejor prueba podrá señores, aducirse del legítimo progreso de los dogmas admitidos por la Teología católica, que la misma historia de esta ciencia sublime, tan calumniada por los modernistas que la acusan de estacionaria y retrógrada, sin advertir que en cada una de sus páginas descubrimos, con mezcla de asombro y veneración, pasos de gigante dados en el conocimiento de las verdades reveladas, en la exposición razonada y metódica de las enseñanzas que de ellas se desprenden, y en la solución de todas las dificultades que van acumulando, á través de los siglos, los enemigos de la revelación, valiéndose para impugnarla de todos los medios puestos á su alcance por los adelantos de su tiempo y de su época?

No, no puede decirse, sin manifiesta injuria, que la Teología sea enemiga del verdadero desenvolvimiento del dogma, porque equivaldría á decir que era enemiga de sí misma, ni puede decirse que ella vea con malos ojos que los sábios de todas las edades ensanchen cada vez más, los horizontes indefinidos de sus investigaciones, porque los teólogos católicos saben muy bien que la verdad no contradice á la verdad, y, por lo tanto, la razón y la fé, lejos de estar en pugna jamás, se estrechan en amigable y fecundo consorcio, y, prestándose mútua ayuda, marchan de común acuerdo á la conquista del objeto siempre anhelado por nuestra inteligencia.

Ni es tampoco menos falso y calumnioso el afirmar, como afirman los modernistas, que la Iglesia, cuya fuerza asimiladora de todo lo bueno que en torno suyo germina es prueba elocuente de su inagotable vitalidad, sea enemiga del legítimo progreso ni en cuanto á los dogmas se refiere ni en otro orden de vida cualquiera, ó que al condenar el Modernismo religioso haya querido condenar la ciencia moderna, ó alguno de sus adelantos, como si fueran incompatibles con la naturaleza de los dogmas, porque la Iglesia sabe muy bien, por una parte, que la verdadera ciencia, según enseñó últimamente el Concilio Vaticano, en vez de alejar á los hombres de su fin, conduce á los sabios á Dios, y sabe, además, que siendo la revelación el medio más eficaz para hacernos partícipes de la ciencia infinita del Hacedor Supremo, cuanto más progreseemos en su conocimiento más nos acercamos á la perfección sin límites del Padre celestial que nos propone como acabado modelo de perfeccionamiento la doctrina del Evangelio.

No ha podido, según esto, señores, ser la verdadera ciencia moderna ni la Filosofía digna de tal nombre el blanco de las condenaciones y anatemas de la Iglesia, como han dado á entender sus enemigos (1), si no que lo que la Maestra de la verdad ha condenado y anatematizado es la sacrílega profanación del catolicismo, que pretende llevar á cabo hombres infatuados con el honroso título de sábios de última hora, que desconocen las prerrogativas de la doctrina revelada, sacuden el yugo de toda autoridad, erigen en norma única sus temerarios caprichos, y guiados por el mismo espíritu maléfico que alentaba en el seno de la pseudo-reforma protestante, quieren abrir de

(1) De esto se lamenta con razón el C. Mercier en su pastoral antes citada, también el C. Casañas publicó un hermoso documento episcopal sobre «El Syllabus de los errores modernos» cuya autoridad doctrinal he procurado poner en claro en una serie de artículos publicados en el BOLETÍN DEL CLERO de esta diócesis año 1908.

par en par las puertas de nuestra Religión á las fábulas de un evolucionismo desacreditado tan opuesto á la fe sobrenatural, como incompatible con los fueros legítimos de las ciencias teológicas.

Lo que la Iglesia, pues, ha condenado al condenar el Modernismo por boca de Pío X, como antes había condenado las teorías de donde este error dimana, por boca de sus predecesores, es esa especie de monomanía contagiosa que padecen no pocos escritores de querer conciliar la luz y las tinieblas, pretendiendo que los dogmas de la fe hagan las paces con una filosofía incapaz, de todo punto, de recibir las aguas regeneradoras del bautismo, porque obstruye completamente el paso de su conversión, con los errores que profesa, empezando por querer dominar como señora donde solo puede desempeñar el honroso papel de humilde sierva, y concluyendo por negar, con increíble osadía, la verdad que contienen aquellas hermosas y consoladoras palabras del divino Maestro «*coelum et terra transibunt verba autem mea non praeteribunt*».

He dicho.

